

Carta a Jaime de Jaraíz

Querido Jaime:

Hace ya un tiempo que deseaba escribirte. En un principio ignoraba tu dirección; pero me fue fácil encontrarla. Residías, me dijeron, en el mundo de Los Justos. Hoy te envío estas líneas, pues va para dos meses que no sabemos nada uno del otro. Y yo no sé tú; pero a mí me resulta muy difícil no verte o al menos oír tu voz a través del teléfono. Y si no, tus correos electrónicos. Me gustaría ser poeta y expresarte las cosas que siento en estos momentos, así, de forma poética. Ya sabes, en esto se lleva la palma nuestro querido Pepe Iglesias. Él, cuando te escriba, estoy seguro, lo hará como siempre lo hace, de forma bella. Así que le dejo a él y a otros amigos comunes también poetas, para que te digan lo que yo no te puedo decir de forma lírica.

Por eso me limitaré a hacerlo brevemente en prosa familiar, a rememorar algunos recuerdos míos y tuyos, que los tengo aquí, muy grabados en lo más profundo de mi alma. Espero sean de tu agrado, Jaime, hermano; y saber que todavía recuerdas tú algunos de los buenos momentos que pasamos juntos.

Fue en Barcelona cuando tuve por primera vez conocimiento de ti y de María Dolores. Nuestros grandes y muy queridos amigos Antonio y Conchita, sabedores de mi interés por el arte, con los que había compartido años atrás en visitas numerosas a los emblemáticos centros del románico y gótico catalanes (y no sólo de esto), me hablaron, en una visita que hice a la Ciudad Condal, de vosotros dos y del éxito de público y crítica que había tenido tu exposición de pintura en la sala de Caja Madrid, en la plaza Cataluña. Con su información me proporcionaron un catálogo de la exposición, algunos elogiosos recortes de prensa de aquel momento, tanto de Barcelona como de Extremadura, y me entregaron asimismo un disco de vinilo recién salido con varias de

tus primeras composiciones, entre ellas “El azul es mi color”, así es, el azul era tu color, que tantas veces te he oído después, y la “Balada de Monte Príncipe”, otra de mis preferidas. De todo esto han pasado ya, como bien sabes, Jaime, veintitantos años.

Ya aquí en Madrid, un día tuve la ocasión de conocerte en persona. Fue, recuerdo bien, con los amigos del “Club Extremeños en Madrid”, en el restaurante de otro amigo y paisano común; el también querido y recordado Gabriel Blázquez (me han dicho que sois vecinos, -dale un abrazo de mi parte-). Allí, en aquellas cenas de paisanaje hablamos de Antonio Tercero y Conchita, y allí coincidiríamos con otros buenos amigos: Rafael, Vicente, Primitivo, Chiqui..., y tantos más. Después, nuestro encuentro con Pedro de Lorenzo..., y ya, el comienzo de la confidencialidad de dos años trabajando juntos en... el LIBRO, *Jaime de Jaraíz: un clásico del siglo XX*; sí ese libro de 7,5 kg. de peso, con más de 500 páginas, y los 50 colaboradores, que nos encargamos los dos por hacer; bueno, de planificar y corregir en tu chalet de Monte Príncipe en Boadilla, y a veces, cuando podía, teníamos la presencia y colaboración de José Iglesias Benítez. Fueron, recuerdas Jaime, dos años de ilusiones compartidas por la obra, por tu obra; dos años de convivencia y confianzas, dos años de amistad sincera. Tú querías que María Dolores, en vez de construirte un mausoleo, decías, te regalase un libro, y así lo hizo, un libro monumental, como correspondía a un monumental artista, como eras tú, y que aportase el reflejo vivencial de casi toda tu obra pictórica y musical.

Pero a la par de todo esto, nos quedaba aún tiempo para hablar de diversos temas. Y cómo no recordar nuestras visitas a tu Bodeguilla, donde los tres, Pepe, tú y yo, nos poníamos “morados” de jamón del bueno y de vinos cosecheros reconocidos, a ser posible, aunque no sólo, que fuesen extremeños, porque, reconócelo, Jaime, en tu vida siempre fuiste un sibarita. Te gustó comer y beber bien, y me responderás con acierto: ¿a quién no le gusta comer y beber bien? Y te contesto, Jaime, que llevas toda la razón. A

todos nos gusta la buena vida, y todos somos algo sibaritas. Tal vez podríamos dejar a un lado sólo a los cartujos. Y allí en la Bodeguilla las pláticas subían con armonioso tono, entre nosotros tres, hablando de todo lo divino y lo humano en pensamientos filosóficos, a veces, creo, que con dignísimo nivel.

Y cómo no recordar, Jaime, aquellos otros momentos memorables también cuando en tu recogida y coquetísima buhardilla nos enseñabas lo último que ibas componiendo de tus creaciones artísticas, tanto en pintura como en música..., para regalar a nuestros oídos a continuación aquellos inolvidables tiempos que nos ofrecías con tu guitarra mágica, porque te prometo, Jaime, que yo jamás he disfrutado tanto oyendo música como con aquellos acordes “guitarreros” que salían de tus manos con tus obras, en anocheceres mágicos y maravillosos, que hacían vibrar lo más profundo de mi alma y que tú, con aquella cara de poseso que ponías -en expresión de nuestro amigo Juan Antonio-, hacías que también a nosotros, a Pepe y a mí, nos transmitieses el don de una leviática espiritualidad, y que después relajados nos llevábamos consigo a nuestras viviendas, ya de noche.

Y podríamos seguir con otras muchas más anécdotas compartidas en otros sitios de Madrid y de la propia Extremadura, Jaime, hermano; pero no quiero extenderme ya que están aquí varios de nuestros mejores amigos comunes que también quieren participar en tu homenaje, si bien es un homenaje triste, ¡qué le vamos a hacer!, porque triste es sin duda el no poder estar contentos.

No quiero despedirme de ti sin recordarte nuestra última conversación, que sería telefónica. A primeros de agosto desde Jávea me llamabas para decirme que en ese momento querías saludarme tú a mí, y no echarte yo en cara cuando pasaba un tiempo sin saber de ti, recordarte aquello de “Mahoma y la montaña o la montaña y Mahoma”,

como te repetía una y otra vez. Lo que no sabía ciertamente en aquel instante era que aquella iba a ser nuestra última conversación.

Sí, Jaime, ¡buena nos la has armado! Nos has dejado huérfanos y sin palabra, y, además, sin música en vivo; en primer lugar a tu familia a la que tanto querías: a María Dolores, a tus hijos y nietos; también a Obdulia y a Mella, y después a todos nosotros, tus amigos. Un día me comunicabas, ¡con qué alegría! por teléfono que había nacido tu nieto Jaime de Jaraíz García, “se llama igual que yo”, añadías. Yo imaginaba en aquel instante tu cara sonriente como siempre te había visto. Porque guardo en mi retina especialmente esa sonrisa constante que poseías; mitad bondadosa, mitad picarona, y que a mí tanto me satisfacía. Y es que en este mundo en el que nos ha tocado vivir, abundan caras serias y malhumoradas por todos sitios. Tú eras obviamente una excepción. Por eso, estoy seguro que en el Reino de los Justos seguirás con esa misma sonrisa con la que yo te conocí y con la que siempre te recuerdo; ah, y también seguirás, supongo, pintando y tocando una guitarra.

Después de todo, Jaime, después de lo ya dicho, no sé si podré perdonarte que te hayas ido de la manera en que lo has hecho, sin decir nada. Tú, que fuiste un extremeño de palabra limpia y sincera; tú, que siempre estabas alegre ante los demás; tú que pedías consejo a tus amigos de lo que dudabas; tú, que eras un hombre tan educado..., vas y te marchas a la francesa, sin decir ni “mu”. Con todo, quiero añadir que sepas que te seguimos queriendo y que seguiremos así hasta que algún día podamos reencontrarnos en el Reino de los Justos, junto a Gabri y a ti. Hasta siempre, hermano Jaime; tú sabes bien que la fraternidad no radica sólo en la sangre; existen otras muchas formas, sí, de “hermanidad”. Ya sí, ya te dejo por hoy, pero no sin antes reiterarte que sepas que te queremos mucho. Un abrazo muy fuerte.

Alejandro

(Jaraíz Jaraíz)

Madrid 25/10/2007